

virtud de un hábito previamente contraído), aunque la palabra irritación sea excesiva, no cabe duda de que en mí resulta excitada la pequeña actividad mental necesaria para decidir cómo he de obrar. Lo más frecuente es que la duda surja de alguna indecisión, aun momentánea, en nuestra acción. A veces no ocurre así. Yo tengo, por ejemplo, que esperar en una estación de ferrocarril, y paso el tiempo leyendo los horarios fijados en las paredes. Comparo las ventajas de diferentes trenes e itinerarios que no espero tomar, colocándome en un imaginario estado de vacilación, sólo porque me aburre no tener nada en qué ocuparme. El fingir la duda, ya sea por simple diversión o con propósito más alto, juega un gran papel en la investigación científica. Cuanto puede ocasionar duda estimula el ánimo a una actividad que puede ser débil o enérgica, tranquila o turbulenta. Las imágenes cruzan rápidamente por la conciencia, mezclándose sin cesar unas con otras; hasta que, al final, cuando todo ha pasado — tras una fracción de segundo, una hora o largos años — nos hallamos decididos en cómo hemos de obrar bajo las circunstancias que ocasionaron nuestra duda. En otras palabras, hemos alcanzado la certeza.

En este proceso observamos dos clases de elementos de conciencia, cuya distinción puede hacerse más clara por medio de un ejemplo. En una composición musical existen las notas separadas y la melodía. Un solo tono puede ser prolongado durante una hora o un día, y existe tan perfectamente en cada segundo de ese tiempo como en su totalidad; de tal modo que, mientras está sonando, puede ser presente para un sentido del que todo lo pasado se halla tan ausente como el mismo futuro. Pero algo muy distinto ocurre con la melodía, cuya interpretación ocupa un cierto tiempo, en las partes del cual sólo fragmentos de ella se ejecutan. Aquí existe un orden en la sucesión de sonidos que llega al oído en tiempos diferentes; y para percibirlo debe haber cierta continuidad de conciencia que nos haga presentes los acontecimientos de un determinado lapso de tiempo. Es cierto que sólo percibimos la melodía mediante la audición de notas separadas; pero no se puede decir que la oigamos directamente, porque sólo oímos lo que está presente en el instante, y un orden sucesivo no puede existir en un instante. Estas dos especies de objetos, aquellos

de los que somos *inmediatamente* conscientes y aquellos de los que lo somos *medianamente*, se hallan en toda conciencia. Ciertos elementos (las sensaciones) están completamente presentes en todo momento mientras duran, en tanto que otros (como el pensamiento) son acciones que tienen comienzo, medio y fin, y consisten en una congruencia en la sucesión de sensaciones que fluye en la mente. No pueden sernos inmediatamente presentes, sino que deben cubrir cierta porción del pasado o el futuro. El pensamiento es un hilo melódico corriendo a través del sucederse de nuestras sensaciones.

Cabe añadir que igual que una composición musical puede ser escrita en partes, cada una de las cuales tiene su propia melodía, así diversos sistemas de relación sucesiva coexisten entre las mismas sensaciones. Estos diferentes sistemas se distinguen por sus diferentes motivos, ideas o funciones. El pensamiento no es más que uno de tales sistemas, porque su único motivo, idea y función es producir certeza, y todo lo que no concierne a ese propósito pertenece a algún otro sistema de relaciones. La acción de pensar puede incidentalmente tener otros resultados; puede servir, por ejemplo, para divertimos, y entre *dilettanti* no es raro encontrar quienes tienen el pensamiento tan pervertido hacia los fines del placer, que se les hace vejatorio el pensar que las cuestiones en las que se ejercitan por deleite puedan llegar a algo concreto; hasta el punto de que un descubrimiento que excluye uno de sus temas favoritos del palenque de las discusiones literarias es mirado con mal disimulado enojo. Tal estado de ánimo es la verdadera degeneración del pensamiento. Pero el espíritu y significado de éste, abstraído de los demás elementos que le acompañan, aunque pueda ser voluntariamente desviado, no puede ser nunca obligado a dirigirse hacia algo que no sea la producción de certeza. El pensamiento en acción tiene como único objetivo posible el logro del pensamiento en reposo; y todo lo que no se refiera a la certeza, no forma parte del pensamiento mismo.

¿Qué es, entonces, la certeza? Es la semicadencia que cierra una frase musical en la sinfonía de nuestra vida intelectual. Ya hemos visto que tiene justamente tres propiedades: Primera, es algo de lo que tenemos conocimiento; segunda, calma la irritación de la duda;